

EL ESTUDIO DE LA MOVILIZACION POLITICA EN AMERICA LATINA: LA MOVILIZACION ELECTORAL EN LA ARGENTINA Y CHILE*

ATILIO A. BORON**

El objetivo que pretendemos alcanzar en este trabajo es trazar algunas líneas preliminares para la comparación de las características asumidas por el proceso de movilización electoral en la Argentina y Chile. Esta tarea, limitada para los fines de la presente comunicación a una revisión primera de ciertas coincidencias y contrastes entre ambos desarrollos históricos, apunta en realidad a una meta mucho más ambiciosa: la formulación de un conjunto de hipótesis relativas al proceso de movilización política en los países latinoamericanos. Este sistema de hipótesis procurará especificar las condiciones económicas básicas en que se desarrolla tal experiencia, las características del sistema político, las modalidades adquiridas por la dominación política de clase al interior del estado y las presiones "democratizadoras" ejercidas sobre el mismo como consecuencia del incremento en los niveles generales de movilización social y modernización de la sociedad.

Por supuesto que ninguna empresa de este tipo puede centralizar toda su preocupación en el relevamiento de las grandes variables independientes. Ellas son lo suficientemente complejas y multidimensionales como para merecer un tratamiento más analítico. Así, las condiciones económicas básicas de una sociedad engloban prácticamente todos los esfuerzos humanos destinados al aprovechamiento de los recursos productivos, y como tal, su valor predictivo y explicativo tiende a ser muy escaso. Si por el contrario, se especifican los contenidos englobados en la variable general, probablemente su valor heurístico sea sensiblemente mejorado. En este caso, variables tales como la tasa de crecimiento de la economía, el distinto peso con que sus sectores diferenciados contribuyen a la generación del producto

* Trabajo presentado en el Seminario Sobre indicadores Sociales de Desarrollo Nacional en América Latina, organizado por el International Social Science Council, el instituto Universitario de Pesquisas de Río de Janeiro y el Conjunto Universitario Cândido Mendes, Río de Janeiro, 9 al 14 de mayo de 1972.

nacional, los cambios cíclicos en sus niveles de actividad, y el tipo de control existente sobre el aparato productivo ("nacional" o "enclave") pueden dar cuenta de modo mucho más claro de las distintas variaciones en el proceso de apertura del régimen político.

Lo mismo es válido para la categoría general "características del sistema político". Un sistema político tiene usualmente múltiples dimensiones, algunas de las cuales son cruciales en la determinación de las formas y cursos de acción que seguirá el proceso de movilización política. Importa, por ejemplo, saber si en ese sistema político existe un grado mínimo de agregación de intereses, canalizados y expresados luego por partidos o grupos de presión. Más relevante aún para los fines que nos interesa es detectar si existe un sistema partidario, no importa tanto si es uni, bi o multipartidario, pero en donde al menos exista un partido de base popular y orientado hacia el cambio del statu quo imperante. Importa conocer el grado de legitimidad que goza el régimen político y el gobierno. Es asimismo decisivo establecer de manera clara cuáles son las clases dominantes, la naturaleza de su coalición, la existencia o no de una clase hegemónica y los símbolos y la ideología manipulada para lograr la legitimación de su dominio.

Por último, la movilización social y el grado general de modernización alcanzado por una sociedad deben ser desagregados a fin de hallar cuáles de sus procesos componentes son relevantes al análisis de la movilización política. Inclusive, la relevancia de alguno de ellos es sabido que no se mantiene constante a lo largo de toda su trayectoria. La urbanización, como componente de la movilización social, es un fenómeno de la máxima importancia en la determinación de los procesos políticos. Pero esa importancia disminuye drásticamente luego que una sociedad ha superado un cierto umbral de urbanización, a partir del cuál ésta ya no continúa operando como un agente causal de ciertos tipos de políticas de protesta. Igualmente relevante es el examen del tipo de estructura urbana que se oculta detrás de un simple porcentaje de población residente en ciudades. Para los efectos del análisis político es muy diferente que la población urbana de un país se halle concentrada en una sola gran metrópoli o que la misma se distribuya en diez ciudades de tamaño medio. La ruptura de la política tradicional parece mucho más probable en el

** Escuela Latinoamericana de Ciencia Política, FLACSO, Santiago de Chile.

primer caso que en el segundo, y este hecho debe ser adecuadamente retenido.

Retomando el hilo de nuestra argumentación, si bien es cierto que no es conveniente (y tampoco fecundo desde el punto de vista teórico) descansar en la manipulación de variables sumamente generales y multidimensionales cuando se trata de formular las variables causales de un determinado proceso, lo mismo es válido cuando se trata de demarcar el objeto cuya evolución se habrá de observar. En otras palabras, para llegar a una correcta apreciación del fenómeno de la movilización política no basta recurrir a las grandes variables (o bloques de variables) omniexplicativas, pues la ganancia en la comprensión del proceso es muy limitada. Está claro que las realidades del proceso económico deben ser tenidas en cuenta al analizar la movilización política, y que lo mismo puede argumentarse en relación a otras múltiples agencias sociales generadoras de cambio. Lo importante, una vez reconocida la existencia de esa influencia, es especificarla, es decir, abandonar el mundo de las proposiciones abstractas y pasar al terreno de las proposiciones concretas. Si tanto la Argentina como Chile han tenido, a un nivel abstracto, condiciones económicas relativamente similares en algunas fases de su desarrollo "hacia afuera", ¿por qué en un caso se procede a una súbita apertura del proceso político en tanto que en el otro se adopta una táctica mucho más pausada? Ahí es donde conceptos como "control nacional del aparato productivo" o "economías de enclave" pueden ser los orientadores para una respuesta teóricamente satisfactoria. Ellos representan, en este ejemplo, el paso que separa una determinación abstracta de un intento de establecer análisis concretos y circunscribir en cada caso los factores causales de un cierto fenómeno.¹

Está claro que la misma crítica es válida desde el punto de vista de la variable dependiente. Así, una muy legítima pregunta es la relativa al contenido concreto de la movilización política que se va a considerar al efectuar el examen de los distintos países latinoamericanos. Si L. Pye distinguió diez usos alternativos del concepto de desarrollo político y si M. Weiner por su parte también encontró diez diferentes significados del término participación política, pocas dudas caben que el concepto de movilización política no tendrá un significa-

¹ Ver, para el caso particular de los estudios sobre la "dependencia" en: América Latina el trabajo de FERNANDO H. CARDOSO, "¿Teoría de la dependencia, o análisis de situaciones concretas de dependencia?" en Revista latinoamericana de Ciencia Política, vol. I, n° 3, diciembre de 1970, págs. 402-415.

do unívoco entre los académicos que lo emplean.² Sobre todo, si se tiene en cuenta la interacción teórica existente entre esos tres conceptos, sé verá que es imprescindible formular alguna definición muy explícita y que permita situar el terreno de la discusión teórica. Un intento en esta dirección lo hemos realizado en otro trabajo, por lo que no repetiremos la argumentación aquí. Lo que plantearemos ahora es una tipología básica sobre los procesos de movilización, que sirva de punto de partida para elaboraciones más refinadas y que, a corto plazo, permita delimitar de manera clara nuestra variable dependiente y sus interrelaciones con las demás.³

LA MOVILIZACIÓN POLÍTICA

Ya en otro trabajo habíamos planteado la necesidad de distinguir entre integración política formal y movilización política. Por la primera se entendía la extensión de los derechos políticos a nuevas categorías de la población. Si este proceso operaba en un contexto en el cual los nuevos votantes no habían superado su tradicionalismo ideológico y por lo tanto no se incorporaban activamente a la vida política; o si la implementación práctica de los nuevos derechos era imposible por la supervivencia de obstáculos burocráticos de inspiración elitista; o si la extensión del sufragio ocurría en ausencia de un partido político que significase en términos reales una opción alternativa para los nuevos estratos, es decir, un partido cuyo proyecto ideológico fuese antagónico al de los partidos del "establishment", la mera extensión de los derechos no hacía sino ampliar en términos formales y aparentes la base del sistema político, manteniendo intacto los demás aspectos del mismo.⁴

² Ver LUCIEN PYE, *Aspects of Political Development*. Little, Brown and Co, Boston, 1966, págs. 31-48; MYRON WEINER, "Political participation: Crisis of the Political Process", en L. BINDER et al (eds.) *Crises and Sequences in Political Development*. Princeton Univ. Press, New Jersey, 1971, págs. 181-165.

³ ATTLIO A. BORON, "Political Mobilization and Political Crisis in Chile: 1920-1970" VIIIth. World Congress, International Political Science Association, Munich, setiembre 1970. También disponible en castellano, "Movilización política y crisis política en Chile; 1920-1970". ELACP/FLACSO, serie Estudios ELACP n° 17. Reproducido en *Aportes*, n° 20, abril 1971.

⁴ ROKKAN y BENDIX distinguen tres fases en el proceso de democratización: 1) la integración formal (a través del sufragio universal); 2) la movilización, en la cual los sujetos y estratos recientemente incorporados son estimulados para emplear sus derechos; 3) la activación, que es la etapa en la cual los nuevos ciudadanos y categorías compiten por los puestos públicos. Ver S. ROKKAN y R. BENDIX, "The Extension of National Citizenship the Lower Classes: a comparative perspective", Vth. World Congress of Sociology, Washington, 1962.

La movilización política, por su parte, era definida en términos no sólo del crecimiento del electorado, sino también a partir de los contenidos políticos específicos de sus demandas. Esto es, no basta observar un crecimiento cuantitativo del electorado para inferir la existencia de un proceso de movilización política. Este requiere otros componentes, entre los cuales, aparte del cambio en las actitudes tradicionales de los sectores excluidos del juego político elitario (apatía, desinterés, falta de información, etcétera), la adhesión a un partido de protesta que exprese sus intereses opuestos a los de la vieja clase dominante juega un papel esencial.

En este sentido, nos parece claro que la movilización política es un proceso mucho más complejo que la extensión del sufragio; dedúcese de ello que no es posible utilizar los términos intercambiablemente, puesto que tienen diferentes significados. Pero éstas no son las únicas distinciones que es preciso tener en cuenta. En primer lugar es útil trazar una distinción entre los procesos de movilización política según que los mismos sean legítimos o no en términos de las reglas del juego político empleadas por la clase dominante. Por supuesto que los criterios de legitimidad no son estáticos, sino que se van alterando con el tiempo. Incluso es admisible suponer que, en un mismo momento, los intentos de organizar gremialmente a la clase campesina sean percibidos como "subversivos" por algunos sectores sociales, en tanto que para otros esa acción política sea enteramente legítima. Claro está que este cierto grado de flexibilidad que es posible advertir en cuanto a los criterios de la legitimidad no impide que, en determinadas circunstancias, ciertas acciones políticas sean violentamente reprimidas por el hecho de no ser congruentes con aquellos criterios, originándose así un conflicto en donde el recurso de la fuerza física cobra una importancia decisiva. Veamos, en primer lugar, los componentes legítimos de la movilización política. Ahí encontramos a la movilización electoral, la movilización organizacional y la movilización psicosocial e ideológica, expresadas en términos individuales tanto como colectivos.

La movilización electoral es una categoría en cuyo interior se pueden distinguir por lo menos cuatro procesos parciales

a) la extensión del sufragio o la "democratización" de los requisitos para adquirir y ejercitar los derechos políticos;

b) la inscripción electoral, o sea, el registro de aquellos ciudadanos que reúnen las condiciones mínimas para votar. En ciertos casos las condiciones arriba mencionadas pueden superponerse, pero hay un buen número de ejemplos históricos en donde se puede apreciar cómo ellos experimentaron desarrollos autónomos. En estos casos, el hiato entre los que tienen derecho a expresarse políticamente y los que efectivamente hacen uso de él puede ser significativo. En Chile, en el año 1952 el 54 por ciento de los ciudadanos que jurídicamente poseían todos los requisitos para inscribirse no se hallaban inscriptos en los registros electorales. En el año 1961 esa cifra había disminuido al 40 por ciento, lo que aún era mucho; finalmente, luego de las reformas electorales de 1962; que establecieron la obligatoriedad de la inscripción, la proporción de elegibles no inscriptos se estabilizó en las proximidades del 10 por ciento.⁵ Sin pretender atribuir a un solo factor la causalidad de acontecimientos sumamente complejos y multicausados, no está de más suponer que ese hiato entre la extensión del sufragio y la elegibilidad posibilitó la supervivencia, durante doce años, de una política conservadora en Chile;

c) el tercer proceso parcial constituyente de la movilización electoral es el incremento en la proporción de votantes, es decir de aquellos que no sólo tienen derechos políticos y están inscriptos para ejercerlos, sino que además, efectivamente los practican. Nuevamente nos encontramos aquí con una muy interesante asincronía entre este proceso y los considerados precedentemente. Hay en primer lugar un hiato entre votantes e inscriptos, que en muchos casos suele ser demasiado grande si es que se tiene en cuenta la relativa estrechez que separó a los partidos que obtuvieron los más altos niveles de votación. El caso de Chile nos ofrece, otra vez, una excelente ilustración de la importancia que puede asumir este hiato en la determinación del resultado final de una elección muy reñida. En 1958, el candidato presidencial conservador Jorge Alessandri triunfó por algo más de 35.000 votos, o sea, el 2,5 por ciento del total de votantes, sobre Salvador Allende, representante del Frente de Acción Popular. Aparte de los reclamos que los partidos de la izquierda formularon en relación a ciertas irregularidades del acto electoral, de la maniobra divisionista practicada por un disidente de última hora de

⁵ Ver ATILIO A. BORON, "La evolución del régimen electoral y sus efectos sobre la representación de los intereses populares: el caso de Chile" en *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, vol. II, n° 3, diciembre de 1971.

los partidos del FRAP -el diputado Zamorano, electo un año antes bajo las banderas del FRAP y que en la elección presidencial se presentó como candidato independiente obteniendo alrededor de 41.000 votos-, la izquierda también perdió porque en las provincias en que Allende obtenía los mayores porcentajes de la votación también se registraban las más altas tasas de abstención. Es cierto que no estamos en condiciones de saber si los que no concurrieron a votar ese día eran o no simpatizantes del candidato izquierdista, pero la coincidencia no deja de ser harto significativa.⁶ El segundo hiato que podemos hallar es el de la diferencia entre los votantes y los elegibles. Nuevamente, suponiendo que dicho hiato no se distribuye uniformemente a través de las distintas clases sociales, es obvio que producirá algunos efectos políticos de importancia, resaltados, otra vez más, en caso de elecciones sumamente disputadas;

d) el cuarto elemento constituyente de la movilización electoral es la votación por los distintos partidos, considerada su trayectoria temporal. También aquí es posible escrutar una serie de combinaciones hipotéticas. Un partido debe crecer por lo menos a una tasa igual a la del crecimiento de la votación, para mantener sus primitivos niveles de la época previa a la entrada de los nuevos electores. Si su crecimiento es inferior al de la votación, su importancia electoral se está deteriorando. En las experiencias históricas de movilización electoral fueron usualmente los partidos de protesta los que absorbieron la mayor parte de los estratos sociales recientemente incorporados, a costa del descenso sistemático de los viejos partidos de la época premovilizacional. En Europa, las distintas variedades de los partidos socialistas vieron incrementadas sensiblemente sus filas luego de que se produjo la ampliación del sufragio, y muchos de ellos se constituyeron en los partidos mayoritarios casi de inmediato. En América Latina, los cambios súbitos en el volumen del electorado han ido acompañados con cambios y desplazamientos de las elites gobernantes. En la Argentina, la ampliación del sufragio fue seguida por una amplia victoria del candidato presidencial del partido Radical, representante -en términos muy generales- de los "intereses" de las

⁶ Sobre este episodio, ver FREDERICK B. PIKE, *Chile and the United States, 1880-1962*. Univ. of N. Dame Press, Notre Dame, 1963, págs. 264-65; FEDERICO Gil, *El sistema político de Chile*. Ed. Andrés Bello, Santiago, 1969, págs. 98-99.

clases medias.⁷ En Chile, una primera tentativa de apertura del sistema político ocasionó el ascenso al poder de una coalición reformista liderada por Arturo Alessandri.⁸ En ambos casos, la sustitución de las elites gobernantes no alteró en lo esencial las bases de la denominación de la oligarquía desplazada, pero ello obedece a diferentes razones.

En síntesis, un proceso de movilización electoral debiera reducir el tamaño de esta sucesión de hiatos. Finalmente, desde el punto de vista de una democracia participatoria, sin exclusiones fundadas en antecedentes de tipo socioeconómico o político (partidos proscritos, etcétera), lo que interesa es reducir a su mínima expresión el hiato más general, llamado también representacional, entre el total de individuos que emiten su voto válidamente y el total de adultos de una población. Alemania experimentó entre 1912 y 1919 un rápido proceso de movilización electoral, a resultas del cual la proporción de adultos representados ascendió del 38,4 al 88,0 por ciento. Igualmente en Chile, entre 1961 y 1964 se observa un ascenso no menos dramático desde un 35,4 por ciento de adultos representados a un 62,9.

Ahora bien, habíamos planteado en las primeras páginas que procesos de ampliación del cuerpo electoral no necesariamente permitían hablar sin más sobre movilización política. Habíamos resaltado la importancia del contenido concreto de la votación como elemento diferenciador entre este proceso y otros aparentemente similares. Ese punto se conecta tanto con el auge o la declinación de ciertos tipos de partidos políticos y su relativa fuerza electoral como con la capacidad de los grupos recientemente incorporados de desarrollar sus propias organizaciones políticas o económicas que luchen por la defensa de sus intereses. Es obvio que la necesidad de crear sus propias organizaciones surgirá en la medida en que ellas no sean preexistentes. Lo

⁷ La literatura sobre la experiencia radical en la Argentina es abundante. Ver especialmente G. GERMANI, *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1962, págs. 289-337. S. SIGAL y E. GALLO "La formación de los partidos contemporáneos: la Unión Cívica Radical (1890-1916)" en *Desarrollo Económico*, vol. 3, n° 1-2, abril-setiembre 1963. O. CORNBLIT, "Inmigrantes y empresarios en la política argentina", Documento de Trabajo n° 20, Centro de Sociología Comparada, Instituto Di Tella. D. CANTÓN "Universal Suffrage as an Agent of Mobilization", VIth. World Congress of Sociology, setiembre 1966, Evian. Ver también su "Party Alignments in Argentina Between 1912 and 1955", VIIth. World Congress, International Political Science Association, Bruselas, setiembre 1967.

⁸ Ver A. BORON, "Political . . . ", ob. cit.

que ha ocurrido en una variedad de casos es el fortalecimiento de partidos y sindicatos, de clase obrera en algunos casos, de clase media en los demás, que ya existían antes de la incorporación masiva de un nuevo contingente de ciudadanos a la vida política. No debiera perderse de vista que muchos de estos partidos y sindicatos jugaron a su vez un rol fundamental en acelerar la ampliación de las bases electorales de los distintos sistemas políticos, al activar el grado de organización de las clases populares, proveerlas de ideologías reformistas o revolucionarias, motivarlas para su intervención y acción en el terreno de la lucha política, económica y social y canalizar sus presiones hacia el estado, a fin de obtener una satisfacción para sus demandas. Así en Alemania, el Partido Social Demócrata pasó de tener aproximadamente unos 400.000 afiliados en 1905 a algo más de 1.000.000 en 1915. En Italia la Confederazione Generale del Lavoro pasa de 190.000 afiliados en 1907 a 384.000 en 1911 y a cerca de 2.200.000 en 1920. En Inglaterra, el Partido Laborista contaba con 375.000 afiliados hacia 1900 y en 1905 sus registros denunciaban más de 920.0000 y casi 1.500.000 afiliados en 1915. En la Argentina se registra un fenómeno similar, asistiéndose en las primeras décadas del presente siglo a un importante desarrollo del movimiento obrero y de las actividades huelguísticas. Otro tanto puede decirse que ocurrió en Chile, aunque el proceso revistió características diferentes, originadas por las peculiares características del proceso productivo chileno.⁹

En estos casos, vemos entonces cómo al mismo tiempo que se producía una apertura en el sistema político permitiendo la incorporación de nuevos sectores anteriormente marginados, se advertía un paralelo impulso en los grupos políticos y en las organizaciones dedicadas a la defensa de los intereses populares. Y aquí nos encontramos en presencia de otro aspecto del proceso más general de movilización política, el que si bien puede ser distinguido analíticamente de la movilización electoral, las evidencias disponibles indican que los mismos siguen una trayectoria sumamente parecida, y que interactúan continuamente entre sí, reforzándose mutuamente.

Ese aspecto de la movilización política, el desarrollo organizacional, no ha recibido la atención que a nuestro juicio merece. Esta fa-

⁹ Para los países europeos, ver MAURICE DUVERGER, *Political Parties*, Wiley, N. York, 1963, págs. 68-69. Las cifras para Italia fueron extraídas de S. SURACE *Ideology Economic Change and the Working Classes, the Case of Italy*. U. of C.

lencia, puede explicarse en parte por las dificultades para efectuar mediciones precisas sobre su existencia y evolución histórica. Pero es indudable que la razón más profunda debe hallarse en las propias limitaciones de los modelos teóricos inspirados en la tradición liberal: a partir de sus premisas individualistas se postula una transición gradual y paulatina de los ciudadanos (abstractos, aislados, ahistóricos) desde "fuera" del sistema político hacia "adentro" del mismo. Si en algún momento se atisba alguna preocupación por algunos de los correlatos organizacionales, ésta se limita a tomar en cuenta la existencia de los partidos políticos como receptores inertes de un nuevo caudal de ciudadanos. Naturalmente esos partidos juegan un rol pasivo y sus diferencias son bastante pequeñas: los clivajes partidarios se basan en las distintas "opiniones" y su distribución entre la población y hay una fractura total entre ellas y los clivajes clasistas y socio-económicos de la sociedad. Por lo tanto, en el interior de este campo teórico difícilmente puedan hallarse los elementos necesarios para la elaboración de un conjunto de hipótesis para el análisis de la dimensión organizacional de la movilización política. Por el contrario, es posible formular una teorización que retenga como una de sus categorías centrales la noción de clase y dominación de clase y a la vez confiera la importancia que merece el análisis de los aspectos organizacionales de la movilización política si se admite fundar tal elaboración en la tradición marxista.¹⁰

El tercero de los componentes del proceso de movilización política decíamos que era la movilización psicosocial e ideológica. En pocas palabras, se trata de ver si se ha producido un cambio en las actitudes básicas de los sujetos, y lo que es más, no sólo en sus ac-

Press, Berkeley, 1966, pág. 127; y G. GERMANI, "Hacia una teoría del fascismo", *Revista Mexicana de Sociología*, enero-marzo de 1968.

¹⁰ Para una exploración sistemática ver U. CERRONI, "Para una teoría del partido político", L. MAGRI, "Problemas de la teoría marxista del partido revolucionario" y M. JOHNSTONE, "Marx, Engels y el concepto de partido". Todos estos trabajos han sido editados en un volumen bajo el título de *Teoría marxista del partido político*. Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1969. Textos especialmente referidos al problema de la organización pueden encontrarse en D. BENSALD y A. NAIR "A propósito del problema de la organización: Lenin y R. Luxemburg", R. LUXEMBURG, "Problemas de organización en la socialdemocracia rusa", V. LENIN, "Un paso adelante, dos pasos atrás", GEORGE LUKAS, "Observaciones metodológicas sobre el problema de la organización" y "Legalidad e ilegalidad". Este segundo conjunto de trabajos también se encuentran en un volumen titulado *Teoría marxista del partido político/2. (Problemas de organización)*. Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1969. Uno de los trabajos de mayor importancia sobre el problema de la organización es sin duda el de V. Lenin, *What is to Be Done*. International Publishers, Nueva

titudes sino también en su comportamiento. Esta transformación puede expresarse en términos del paso de una cultura política parroquial a otra de tipo participante, en el sentido en que emplean estos términos Almond y Verba.¹¹ Esto significa que el individuo se orienta hacia el sistema político como un todo, atendiendo no sólo a sus "outputs" sino también procurando que sus demandas sean incorporadas en el mismo a través de su asociación con otros individuos. En suma, esto significa los cambios implícitos en el tránsito de la personalidad tradicional a la personalidad básica de la sociedad moderna.¹² Los cambios en estas características de personalidad pueden apreciarse tanto en el área de la conducta individual (mayor interés por la problemática social, mayor información, pertenencia a grupos y/o asociaciones políticas, actividad política, discusión, grado de cristalización de sus opiniones) como en el área colectiva (manifestaciones públicas, marchas, protestas, huelgas, etcétera).

La presentación anterior se ha limitado a enumerar los tres componentes de mayor importancia dentro de las formas legitimadas de movilización política. Sin duda que en los países en desarrollo, las variedades no legitimadas de participación política pueden ser de la mayor relevancia. Además, volviendo al problema de los criterios de la legitimidad, la distinción nunca es tan clara como para decidir unívocamente en todos los casos. Las ocupaciones de fundos en Chile, las tomas de fábricas organizadas por la CGT argentina a mediados de la década del sesenta, la invasión de los terrenos urbanos por pobladores sin casa de Santiago y Lima son indudablemente comportamientos que buscan su expresión en el interior de un sistema político que atiende sus demandas sólo intermitentemente. Ellas son conductas que se hallan excluidas de los recursos que legítimamente se pueden emplear en el juego político, es cierto, pero también la huelga obrera fue un recurso no institucionalizado de presión política durante buena parte de la historia de las democracias occidentales, y luego dicha política fue enteramente revisada. Esto significa que hay un importante campo de fenómenos que se hallan más allá de los considerados como expresiones políticas legítimas pero cuya importancia puede ser muy superior a las formas convencionales de actuación po-

York, 1969. También véase ANTONIO GRAMSCI, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*. Lautaro, Bs. As., 1962.

¹¹ Ver G. ALMOND y S. VERBA, *The Civic Culture*. Little, Brown and Co, Boston, 1965.

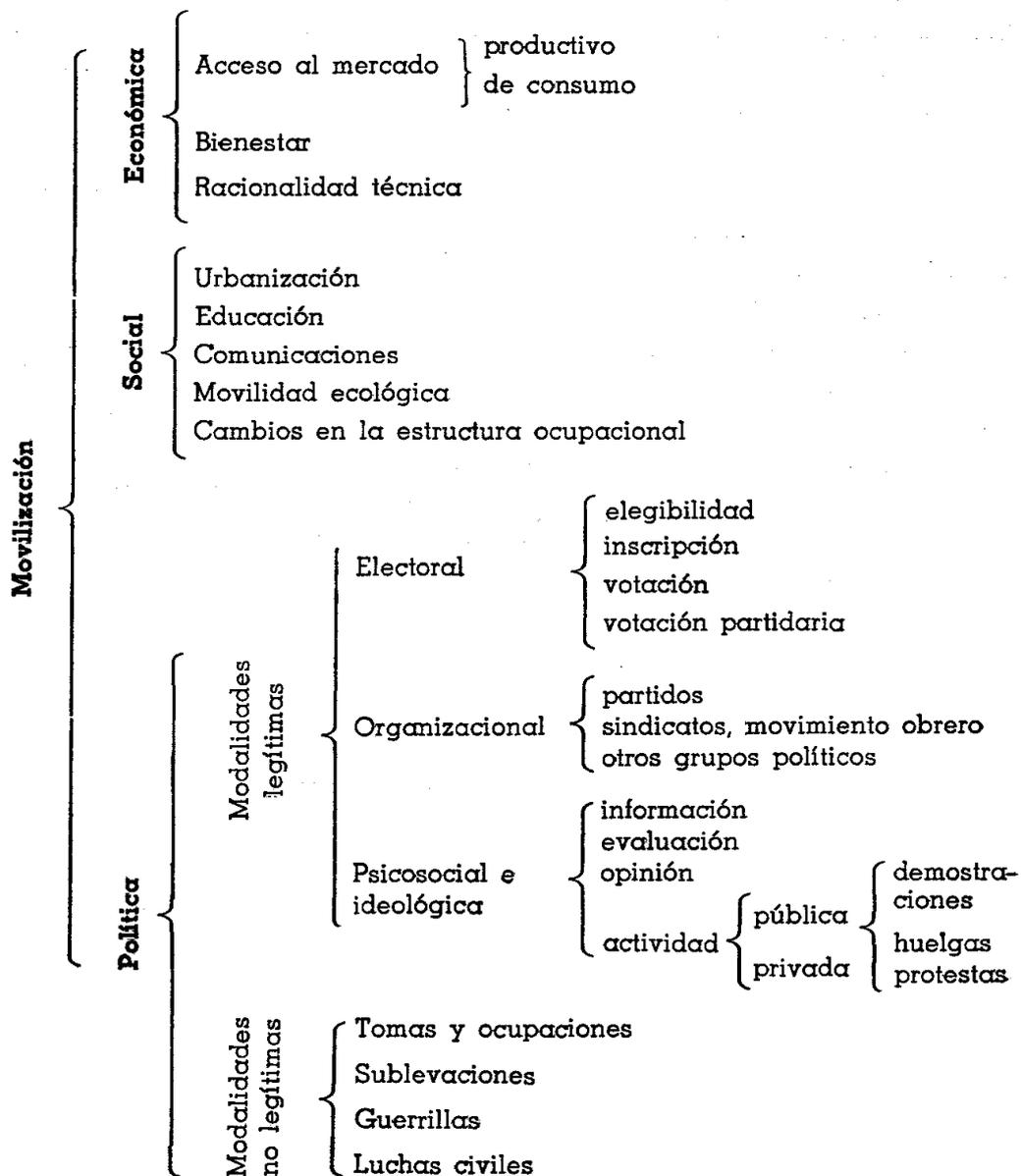
¹² Reflejado en el tipo de acción social y de conducta individual predominante, en el sentido weberiano: el tránsito de la acción tradicional a la racional.

lítica. No hay que ahondar mucho en la historia de las grandes revoluciones nacionales para comprender que ellas fueron, en buena parte, producto de grupos cuya acción política se hallaba más allá de los límites "legítimos" del régimen. Difícilmente se podría comprender lo ocurrido en Francia a fines del siglo XVIII, en México y Rusia en las primeras décadas del siglo XX y en China y en Cuba al promediar este siglo sin un análisis de la actuación de los grupos políticos "ilegítimos"; creo que está de más señalar la trascendencia que esas revoluciones han tenido no sólo en sus respectivos países sino que también han extendido su influencia a escala internacional.¹³ Las consecuencias que se derivan de este hecho fuerzan al investigador interesado en la problemática de la movilización política a dirigir su atención a un rango de comportamientos y fenómenos políticos de otro orden, pero cuya acabada comprensión puede resultar la clave para descifrar situaciones y coyunturas aparentemente contradictorias. Al mismo tiempo, alertan al estudioso contra el diagnóstico apresurado de situaciones de movilización basándose simplemente en un aspecto del mismo, el legítimo, y descuidando el otro, el no legítimo, que puede revestir una trascendencia mucho mayor.

Las páginas precedentes trataron de plantear en términos generales la multiplicidad de contenidos que se descubren al examinar el significado de la movilización política. No quisiéramos terminar esta discusión pasando por alto un punto que nos parece de la mayor importancia; nosotros hemos centrado nuestro examen en la movilización política entendida como un tipo especial de comportamiento colectivo por el cual grandes sectores de una población, regularmente pertenecientes a las clases populares, se introducen en un plazo relativamente breve en la arena política y se desempeñan de una cierta manera. El énfasis que hemos puesto se localiza en un tipo especial de conducta colectiva. Como tal, parecería que sería posible hablar de movilización política en circunstancias en que se produce un cambio en las pautas de votación, que altera drásticamente el equilibrio de los distintos grupos políticos. Claro está que habría que tener en cuenta un segundo aspecto, complementario del anterior, y que se refiere a la esfera de los intereses representados en el gobierno. Si no hay una adecuada respuesta del gobierno a las presiones de los nue-

¹³ Ver, por ejemplo, el análisis que realiza Huntington sobre este tema, S. HUNTINGTON, *Political Order in Changing Societies*. Yale U. Press, New Haven, 1968, cap. 5.

vos estratos, las posibilidades de completar exitosamente un proceso de movilización política dentro de las alternativas legitimadas pueden verse seriamente cuestionadas, dando lugar a una reorientación en términos de los recursos considerados ilegítimos. Esto implica que no sólo debe atenderse a las variaciones experimentadas por el cuerpo electoral y el poderío cambiante de los partidos políticos, sino que también debe prestarse especial interés a las políticas adoptadas por el gobierno, en orden a verificar si efectivamente se ampliaron los intereses procesados y tomados en cuenta en las decisiones políticas.



En este punto es donde se produce la confluencia con otra línea de preocupación, el desarrollo político, entendido como el proceso secular de creación de instituciones políticas. Si la movilización política implica la integración de todos los estratos y clases al sistema político, y si en los estadios premovilizacionales los intereses hegemónicos eran los de la oligarquía, ¿cómo construir las instituciones que garanticen la adecuada supremacía de los intereses de la mayoría de la población? Está lejos de nuestro ánimo abordar el tratamiento de esta cuestión, pero queríamos dejar sentada su relevancia para un exhaustivo tratamiento del tema.¹⁴

Para terminar con esta discusión introductoria, quisiéramos situar el proceso general de movilización política en el contexto de los otros procesos de movilización, principalmente la movilización social y la movilización económica. Si entendemos la primera en su sentido más general y la segunda como una continua y creciente accesibilidad al mercado productivo y de consumo por parte de productores que antaño se hallaban aislados del circuito económico moderno, el resultado se puede resumir tal como lo muestra el esquema de la página precedente.¹⁵

Este esquema nos permite ubicar de manera explícita el terreno en el cual vamos a situar la discusión siguiente: las distintas dimensiones de la movilización electoral como parte componente de un proceso más amplio de creciente participación política real, que puede asumir modalidades que se hallan legitimadas dentro del marco normativo imperante o que, por el contrario, se hallan fuera de dicho marco. Al examinar algunas series históricas relativas al proceso de movilización electoral procuraremos evaluar la correspondencia que el mismo asumió en relación a otro conjunto de procesos sociales y económicos de larga duración, la secuencia en que se dieron históricamente y la distinta aceleración observada en diferentes períodos.

¹⁴ Un análisis desde el punto de vista de la creación de instituciones políticas que reflejen la nueva correlación de fuerza entre los adores políticos puede verse en S. HUNGITON, op. cit., caps. 1 y 5. En otra perspectiva teórica completamente distinta, véase V. LENIN, *The Proletarian Revolution and the Renegade Kautsky*, Foreign Languages Press, Pekín, 1965, págs. 5-59, y también, la reconstrucción de la teoría política (o mejor dicho, los fundamentos para el desarrollo de una teoría política) marxista realizada por S. MOORE, *Crítica de la democracia capitalista*. Siglo XXI, México, 1971.

¹⁵ O sea, el sentido en que básicamente emplean el término K. DEUTSCH en "Social Mobilization and Political Development", *American Political Science Review* (3) 1961, págs. 493-514, y G. GERMANI, en "Los procesos de movilización a integración y el cambio social", *Desarrollo Económico*, vol. 3, n° 3; 1963.

Los casos que examinaremos en el presente trabajo son los de la Argentina y Chile. Ambos países representan razonablemente bien los distintos problemas emergentes de las diferentes reacciones que las clases dominantes experimentaron en relación a las presiones democratizantes originadas en los estratos inferiores. En un caso, la Argentina, la ampliación del cuerpo electoral tiene lugar de manera drástica, con la sanción de una ley en virtud de la cual se triplica el número de ciudadanos en menos de dos años. En Chile, a la inversa, el crecimiento del cuerpo electoral es un proceso que se desarrolla de manera gradual, con algunos períodos de mayor rapidez que otros, pero que en general no interrumpen una línea tendencial que en el largo plazo puede representarse como una curva de crecimiento lento con una súbita aceleración en los últimos años. En ambos casos, tanto en la Argentina como en Chile, esta incorporación de los estratos populares a la vida política no se realizó sin sobresaltos, pero si en el primero de los países la crisis de participación, como podría tratar de definírsela, provocó la ruptura de las reglas del juego de la democracia burguesa, en Chile, los mecanismos de negociación y el mayor grado de institucionalización de su sistema político permitieron que esta asimilación de los estratos previamente excluidos del juego político se realizara preservando las reglas del juego. Esto no significa que la experiencia del desarrollo político chileno haya estado exenta de tensiones políticas agudas y amenazas (y no sólo amenazas, sino que también empleo efectivo) ,de políticas represivas. Tanto en la Argentina como en Chile los políticos que representaban una amenaza contra el "establishment" sufrieron persecuciones, fueron encarcelados y sus organizaciones fueron atacadas, intervenidas y destruidas. Pero mientras en un caso, la Argentina, esto produjo la crisis total del sistema democrático burgués, en Chile éste conservó un mínimo de representatividad y eficacia como para permitir -en su interior- la resolución de los conflictos generados por la incorporación de los intereses populares al cuerpo político.

En síntesis, podría sostenerse entonces que en la Argentina el proceso de movilización electoral se desarrolló aceleradamente y con anterioridad a la formación de un sistema partidario estable y efectivo desde el punto de vista de la representación de los intereses de las distintas clases sociales. En Chile, a la inversa, la movilización electoral procede lentamente, dando tiempo a la constitución de un sistema partidario que, en el momento en que la movilización llega a su fase crítica, alrededor de 1960, se encuentra sólidamente institu-

cionalizado y operando con márgenes relativamente satisfactorios de representatividad. En un caso hallamos entonces movilización acelerada y anterior a la constitución de un sistema partidario efectivo; en el otro, movilización lenta y posterior a la formación del sistema partidario.¹⁶

Un tercer punto de contraste de ambas experiencias es sumamente ilustrativo: Se refiere a la presencia o ausencia, de un partido obrero a lo largo de las distintas etapas del proceso de democratización. Chile, en virtud de las peculiaridades de su estructura económica, contó con la temprana aparición de un partido obrero; el Partido Comunista, que, juntamente con otro partido; el Socialista, precedieron, es más; en buena parte posibilitaron y viabilizaron la apertura creciente del sistema político chileno. En la Argentina, por el contrario, no se trata de que tales partidos hayan estado ausentes de la escena política. Es más, ellos tuvieron una importante actuación aun antes de la aparición de sus contrapartes chilenas, pero, a diferencia de éstos, jamás se transformaron en partidos de masas. Tampoco lograron plasmar su carácter de partido de clase, en buena parte debido al alto grado de movilidad social ascendente que para esa época podía advertirse en las regiones centrales de la Argentina. Además, porque la "audiencia natural" de esos partidos, el proletariado, era constituido en su gran mayoría por inmigrantes que se hallaban excluidos del juego político legítimo y que, por lo tanto, si querían participar políticamente, debían elegir canales de expresión no legítimos, que no eran precisamente aquellos más corrientemente empleados por los partidos de izquierda. Por último, su poderío electoral, nunca demasiado significativo, se circunscribió a la Capital Federal y algunas grandes ciudades del litoral argentino, y aun en ellas, sin realizar grandes progresos. Todo esto, por supuesto, ha tenido una importancia que, a nuestro juicio, nos parece de primer orden en la explicación de la distinta naturaleza de los dos desarrollos nacionales.

Un cuarto y último aspecto que quisiéramos resaltar en la comparación de estos dos países está vinculado con la congruencia entre las tendencias a largo plazo del desarrollo económico y la secularización social, por un lado, y los procesos de movilización política, por el

¹⁶ Sobre el problema de los ritmos de cambio y la distinta secuencia en que se ordenan los procesos parciales de la modernización política, ver ERIC NORDLINGER, "Political Development: Time Sequences and rates of Change" OF *World Politics*,

otro. En las páginas que siguen trataremos de ahondar en los tópicos arriba señalados.¹⁷

LAS TASAS DE CRECIMIENTO DE LA MOVILIZACIÓN ELECTORAL

Habíamos dicho anteriormente que una primera diferencia que inmediatamente saltaba a la vista del estudioso de las experiencias de desarrollo nacional de la Argentina y Chile era dada por el desigual ritmo que en ambos países registró el crecimiento, del cuerpo electoral.

Huelga subrayar la importancia que el ritmo o la tasa de cambio o crecimiento del electorado tienen en el proceso político. Diversos autores han señalado que los procesos acelerados de movilización política han sido regularmente acompañados por un notable incremento en la protesta y el radicalismo político y por un crecimiento de la influencia y el poder de las organizaciones populares (principalmente, partidos y sindicatos).¹⁸ La experiencia de algunos países europeos, principalmente Suecia, Noruega y Rusia demuestra de modo claro los efectos políticos derivados de rápidos cambios sociales y económicos, los que producen diversos resultados en el sistema político, algunos de los cuales son operados a través de la incorporación masiva de los estratos populares a la vida política, siendo justamente estos últimos los que nos interesan discutir en esta oportunidad. Antes de proseguir, sin embargo, creemos que es legítimo formular dos apreciaciones.

En primer lugar, que no debe esperarse de nuestra parte un análisis sobre los efectos políticos de los cambios económicos y sociales. Tal objetivo excede con creces el ámbito de nuestras preocupaciones actuales, dada la enorme variedad de determinaciones que el sistema político recibe a partir de los movimientos de la estructura económica de la sociedad. En efecto, su impacto no sólo se hace sentir en el tamaño del electorado, sino también en la naturaleza misma de los partidos políticos, la viabilidad de las alianzas y coaliciones forja-

20, abril de 1968, págs. 494-520. El tema de la relación Cronológica es también tocado en ROKKAN y BENDIX, ob. Cit.

¹⁷ No debe entenderse que sean éstos tan sólo los principales contrastes que estimulan un análisis comparativo de los dos países; lo son tan sólo para los propósitos que hemos asignado a nuestra contribución.

¹⁸ Ver S. LIPSET *El hombre político*. Eudeba, Buenos Aires, 1963, cap. 2, y W. KORNHAUSER, *The Politics of Mass Society*. Routledge, Londres, 1960, capítulos 7-12.

das en el interior del sistema partidario, en el tipo de dominación que impone la clase dominante, en las funciones que asume el estado, en la relevancia de las distintas fuerzas políticas -algunas de las cuales entran en un inexorable ocaso a partir de ciertas etapas del desarrollo económico-, en la naturaleza del conflicto de clases y su expresión política y en una multiplicidad de aspectos más cuya mención tornaría este breve enunciado en una completa sección del trabajo. Es por ello que nos interesa puntualizar que nuestra meta consiste en analizar tan sólo una de estas varias posibilidades.

La segunda observación que creemos pertinente establecer aquí, tiene relación con la temática más general de la causalidad de los cambios sociopolíticos. Es indudable que, en términos generales, difícilmente se pueda postular que éstos se produzcan con autonomía en relación a las transformaciones de la sociedad y la economía. Pero está claro también que esta determinación no es absoluta -es decir, que determinados condicionamientos socioeconómicos son compatibles con un apreciable grado de autonomía en los movimientos del sistema político, autonomía que, sin embargo, opera en el interior de ciertos parámetros preestablecidos- ni se ejerce sin intermediaciones -es decir, la trayectoria causal reconoce varias instancias intervinientes-. La tarea más significativa, una vez aceptado este enfoque, consiste en establecer concretamente las características de esas concatenaciones causales en diversas experiencias históricas y rehuir los estériles debates abstractos acerca de si la estructura condiciona o no a la superestructura. La respuesta a esa discusión bizantina es que sí, que efectivamente la base económica condiciona los movimientos de la superestructura política, y que lo que debe probarse entonces es el grado de ese condicionamiento y las mediaciones a través de las cuales ejerce su influencia.

Retomando el hilo de nuestra discusión sustantiva, parecería claro entonces que la velocidad del proceso de movilización electoral, o dicho en otros términos, su tasa de crecimiento, actúa como estimulante del comportamiento político radical. De ahí se concluye que el surgimiento y desarrollo de los partidos izquierdistas deberían suceder a un período de rápida movilización. Es claro que en términos generales, en la experiencia europea este rol fue asumido, en la mayoría de los casos, por los partidos socialistas o comunistas. En ciertas etapas del desarrollo político de Gran Bretaña, sin embargo, dicha misión la cumplió el Partido Liberal. Pero en ese conjunto de experiencias políticas que suele denominarse el "modelo europeo",

fueron los partidos de izquierda los que canalizaron y asumieron la representación de los sectores populares incorporados a la arena política.¹⁹ En resumen, el proceso de súbita entrada de los sectores populares al sistema partidario suele generar ciertos cambios en el equilibrio recíproco de las fuerzas políticas, en favor de aquellos partidos que -por múltiples razones- mejor interpreten las demandas de los nuevos actores.

Para explorar más detalladamente esta temática, veamos entonces algunos antecedentes cuantitativos referidos a la movilización electoral en la Argentina y Chile. En los cuadros que siguen presentaremos algunos materiales relativos a las tasas de cambio porcentual de la inscripción electoral y de los votantes en diversos años. En primer lugar se presentará un cuadro resumido y luego se examinarán materiales más detallados que miden las variaciones registradas en períodos menos prolongados.

Los dos cuadros siguientes permiten apreciar algunas características que merecen un comentario aparte: en primer lugar, si observamos el proceso en su larga duración -y salvando las inevitables distorsiones que se producen al comparar dos experiencias históricas tan prolongadas, con periodizaciones distintas-, resulta indiscutible que el proceso argentino experimentó una intensidad muy notoria. Si comparamos su tasa de crecimiento porcentual anual para todo el período con su similar chilena, vemos que la primera es casi tres veces más elevada que esta última si atendemos al índice de los votantes, y dos veces si analizamos lo ocurrido con los inscriptos. Aproximadamente los mismos términos se obtienen al comparar el cambio global registrado para los 55 años cubiertos por los dos cuadros que estamos analizando. Parecería claro, entonces, que en lo que va de este siglo, la ampliación electoral observada en la Argentina es sumamente rápida, multiplicando varias veces -y en un plazo relativamente corto- el caudal electoral original.

Este fenómeno que estamos apuntando cobra mayor nitidez si lo escrutamos en algunos años estratégicos. ¿Qué pasa, por ejemplo, si analizamos lo ocurrido en las fases de más intensa movilización? En la Argentina, la tasa de crecimiento de la inscripción entre 1910 y 1912 fue del 105,8 por ciento anual, y la de los votantes, para el mismo período, superó ese guarismo, llegando al 129,1 por ciento anual. Entre 1948 y 1951 esas dos tasas volvieron a registrar valores

¹⁹ Aun cuando el "modelo europeo" sea una categoría imprecisa que engloba expe-

sumamente elevados, esta vez ocasionados por el sufragio femenino y la incorporación de nuevos distritos electorales que no participaban previamente del proceso electoral: las cifras fueron de 42,5 y 56,5 respectivamente. Entre los años 1926 y 1928 la tasa de crecimiento anual de los votantes fue del 32,6 por ciento. Si ahora comparamos

20

CUADRO 1
Argentina. Tasas de cambio porcentual en diferentes períodos
1910-1965²⁰

Años electorales	Inscriptos Cambio porcentual		Votantes Cambio porcentual		Régimen electoral
	Período	Anual	Período	Anual	
1910-30	560.4	28.2	678.8	33.9	Sufragio universal masculino (desde 1912). Representación: mayoría (2/3) minorías (1/3).
1930-42	54.4	4.5	33.7	2.8	Igual. Fraude sistemático.
1942-54	181.6	15.1	274.4	22.9	Voto femenino (1951). Se incorporan nuevos distritos electorales.
1954-65	33.0	3.0	28.4	2.6	Representación proporcional (desde 1963).
1942-48	24.0	4.0	41.5	6.9	
1948-54	127.1	21.2	164.6	27.4	
1910-65	3.720.3	67.6	4.908.2	89.2	

Fuente: Calculado sobre la base de los datos publicados por Darío Cantón, **Materiales para el estudio de la sociología política en la Argentina**. Editorial del Instituto, Bs. Aires, 1968.

estas indicaciones con las que se observan en la experiencia chilena, las diferencias son muy marcadas. A raíz de la extensión del sufragio a la mujer, entre los años 1949 y 1952 la tasa de crecimiento anual de la inscripción fue del 28,9 por ciento y la de la votación llegó a 35,1. Más destacada aún es la diferencia que se observa al tomar el

riencias de desarrollo histórico sumamente diferentes.

²⁰ Los años que hemos tomado representan las aproximaciones más cercanas a los grandes períodos electorales de la Argentina. El período 1942-1954 lo hemos subdividido para obtener una visión más nítida del impacto que tuvieron las reformas electorales durante el primer gobierno peronista. Para una elaboración detallada sobre la evolución del régimen electoral argentino, remitimos a los trabajos de GÉEMANI y CANTÓN reseñados en la nota 7.

período 1961-64 y medir las tasas anuales de cambio en la inscripción y en la votación desencadenadas a raíz de la obligatoriedad del sufragio aprobada en 1962: aquí las tasas son del 18,9 por ciento en la inscripción y 29,2 en la votación. Es decir, que la intensa aceleración del proceso de movilización electoral de la Argentina no sólo se aprecia cuando se evalúan los cambios acaecidos en el largo plazo, sino que la misma también es aquilatada cuando se consideran pequeños períodos de importancia estratégica.

21

CUADRO 2
Chile. Tasas de cambio porcentual en diferentes períodos
1870-1970²¹

Años electorales	Inscritos Cambio porcentual		Votantes Cambio porcentual		Régimen electoral
	Período	Anual	Período	Anual	
1870-1920	757.5	15.2	444.9	8.9	Sufragio universal masculino, no obligatorio (1874). Representación: lista completa para presidente y senadores y voto acumulativo para diputados.
1920-38	36.1	2.0	164.5	9.1	Representación proporcional en elecciones parlamentarias. Mayoría para presidente.
1938-49	17.5	1.6	5.3	0.5	Igual.
1949-61	214.0	17.8	188.2	15.7	Voto femenino (1949).
1961-70	90.4	10.0	118.2	13.1	Obligatoriedad del sufragio (1962).
1915-70	1.820.6	33.1	1.851.3	33.7	

Fuente: Computado sobre la base de datos oficiales recolectados por Atilio A. Boron, *Archivo de estadísticas electorales chilenas, 1870-1970*. Escuela Latinoamericana de Ciencia Política y Administración Pública, FLACSO, (Santiago, 1972). Un anticipo de dicho trabajo puede verse en "La evolución del régimen electoral y sus efectos en la representación de los intereses populares: el caso de Chile", *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, vol. II, n° 3, 1971.

Un punto adicional nos permitirá reforzar estas conclusiones, por cuanto bien pudiera argüirse que la excepcionalidad no se encuentra en el acelerado proceso argentino sino en la lentitud del desarrollo electoral chileno. Esta argumentación, sin embargo, no logra asidero empírico, por cuanto el examen del comportamiento de tasas simila-

²¹ Para una descripción más pormenorizada de los cambios en la legislación electoral chilena, ver la nota 5.

res en varios países europeos demuestra que el ritmo del crecimiento chileno se encuentra por encima de muchos de esos países. Alemania, entre los años 1912 y 1919 extiende el sufragio universal a varones y mujeres. Su tasa de crecimiento en las inscripciones electorales fue de un 22,1 por ciento anual en ese período y la tasa correspondiente a la votación fue del 21,3 también anual. Otro caso, Inglaterra, presenta tasas del orden del 22,2 y 13,2 por ciento respectivamente entre 1910 y 1918, año en que concede sufragio universal a varones y mujeres. Italia, por su parte, garantiza el sufragio universal a todos los varones en 1913; sus tasas de crecimiento entre 1909 y el citado año son de 46,2 para los inscriptos y 44,0 por ciento para los votantes. En Noruega, el sufragio universal masculino se aprueba en 1898; la tasa de crecimiento de la inscripción entre 1897 y 1900 es de 37,4 por ciento y la de la votación, para el mismo período, es igual al 13,9. Cuando los beneficios del sufragio universal se amplían para las mujeres, alrededor de 1907, los valores que asumen dichas tasas son de 23,4 y 19,0 por ciento respectivamente. Por último, Suecia extiende considerablemente los derechos políticos a los varones emancipados, mayores de 24 años en 1909. Las tasas correspondientes al período 1908-1911 son del orden del 37,3 por ciento anual para los inscriptos y 32,3 para los votantes. Cuando entre 1920 y 1921 se garantiza el sufragio universal a varones y mujeres, los valores ascienden drásticamente a 170,2 y 164,7 por ciento respectivamente.²²

Es decir que el examen de un grupo de países europeos demuestra que sólo en Suecia las tasas de movilización electoral acusaron un ritmo más acelerado que en la Argentina. En todos los demás países, la tendencia parece ser más bien similar a lo observado en el caso chileno. Habría otros enfoques desde los cuales se podría tratar de obtener una visión más completa de este proceso; por ejemplo, inspeccionando la continuidad de las altas tasas de movilización imperantes en la Argentina durante los 20 años que siguieron a la sanción de la reforma electoral de 1912, o indagar las razones por las cuales en la Argentina el crecimiento de los votantes fue mayor que el de los inscriptos, en tanto que en Chile, ambas trayectorias son sumamente parecidas. No creemos que, para los efectos del presente trabajo, tales consideraciones nos conduzcan a conclusiones mínimamente discrepantes con las que hemos planteado previamente. Parecería haber un buen cúmulo de evidencia empírica capaz de

²² Calculados sobre la base de los materiales publicados en J. MEYRIAT y S.

respaldar la caracterización que hemos formulado sobre la movilización electoral en estos dos países.

Que la velocidad del proceso en la Argentina fue sumamente acelerada no sólo puede demostrarse mediante el examen de algunos indicadores específicos relativos a la ampliación del cuerpo electoral. Una dimensión que puede arrojar alguna evidencia complementaria está constituida por los cambios en la importancia relativa de los distintos partidos que operan en el interior del sistema partidario. Puesto en otros términos, cabría examinar en los dos casos que estamos analizando cuáles fueron los efectos que la movilización electoral generó en los distintos partidos y cómo fue absorbida la entrada de un nuevo contingente electoral en estos dos sistemas políticos. Las líneas principales de esta argumentación nos conducen necesariamente a la temática final de este trabajo, orientada a discutir los aspectos más generales de la crisis de participación y el rol de los distintos partidos políticos en la solución de esa crisis.

MOVILIZACIÓN, INESTABILIDAD Y CRISIS POLÍTICAS

Los efectos de la movilización no tardaron en hacerse sentir intensamente en la vida política argentina. Claro está que para evaluar en términos realistas lo ocurrido es importante tener in mente algunos rasgos característicos de la estructura social del país. Uno que adquiere relieve fundamental por sus consecuencias a nivel político es el impacto de la inmigración en la sociedad argentina. Dado que las leyes electorales no permitían la participación de los extranjeros y debido a que éstos constituyeron -sobre todo en las primeras décadas de este siglo -entre el 50 y el 70 por ciento de los varones adultos residentes en las zonas centrales del país, es fácil de imaginar que las consecuencias de la veloz incorporación de nuevos electores se vio en parte amortiguada por la persistencia de una amplia proporción de los sectores populares (aquellos de origen inmigratorio) que no ingresaron a la arena política.²³ Si además tenemos en cuenta que la proporción de inmigrantes que se naturalizaba a fin de optar por los derechos políticos era muy baja -1,4 por ciento en 1914-, esa interpretación cobra mayor solidez aún.²⁴ Germani presenta algunas

ROKKAN, *International Guide to Electoral Statistics*. Mouton, París, 1969.

²³ GERMANI, *Política y...*, ob. cit., pág. 300, y en general todo el capítulo dedicado al análisis de la inmigración en la sociedad argentina.

²⁴ CORNBLIT, ob. cit., pág. 30.

cifras que son reveladoras al respecto: así, antes de la legislación que otorgó el sufragio universal, la proporción de votantes con relación al total de la población masculina mayor de veinte años era del 9 por ciento, cifra que se elevaba al 20 por ciento si se incluía el total de argentinos nativos únicamente (por supuesto, que excluyendo las mujeres, cuyos derechos políticos les son concedidos casi cuarenta años más tarde). Luego de la reforma electoral ambas cifras ascienden al 30 y 64 por ciento respectivamente en 1916, al 41 y 77 por ciento en 1928, al 48 y 73 en 1936, al 56 y 83 en 1946 y al 78 y 94 en 1958.²⁵

Es decir que si bien el proceso de movilización electoral fue avanzado con ritmo apresurado, en sus primeros tramos no habría razones para suponer un impacto muy fuerte sobre el sistema político, debido a que aun luego de sancionada la reforma electoral de 1912 aproximadamente unos dos tercios de los varones adultos residentes en el país se hallaban marginados del proceso electoral. Esta situación, generada a partir de las consecuencias estructurales que la inmigración de ultramar produjo en la sociedad argentina, podría considerarse propicia para un tránsito estable y ordenado hacia una democracia de masas, exento de las típicas crisis de participación y legitimidad y los consecuentes episodios de inestabilidad y violencia política. Sin embargo, no fue eso lo ocurrido en la Argentina, donde el sistema político cambia fundamentalmente en un plazo sumamente breve. Las razones son múltiples, y obligan a una discusión muy minuciosa del caso argentino, lo que está fuera de nuestras pretensiones por el momento.

Una pista prometedora para comprender las razones de la importancia de los derivados desestabilizadores de la movilización electoral puede vislumbrarse a través de la acción radicalizadora emergente del significativo movimiento sindical existente en la Argentina desde principios de siglo. El hecho de que los inmigrantes no fueran integrados a la estructura política no significó que los mismos dejaran de tener influencia política. Esto nos remite nuevamente a la relevancia del análisis de las modalidades no legítimas de participación, cuya trascendencia supera en muchos casos las expresiones legitimadas de intereses sectoriales de la sociedad. A través de la organización del movimiento obrero, de la introducción de las ideologías socialistas o anarcosindicalistas en boga en los países europeos, de la crítica radi-

²⁵ GERMANI, Política y. . . , ob. cit., pág. 301.

cal a la sociedad de su tiempo, se crearon, en cierta medida, las condiciones que obligaron a la oligarquía terrateniente a conceder el sufragio universal en un plazo extremadamente reducido. Esto por supuesto requiere un análisis mucho más detallado, pero no sería descabellado argüir que la erosión de los símbolos políticos tradicionales a principio de siglo tiene mucha conexión con la conducta política no legitimada de la clase obrera de origen inmigratorio. Se podría abundar largamente en ejemplos que demuestren cómo la acción política de ciertos sectores de la inmigración contribuyó a radicalizar el proceso político argentino en las primeras décadas del siglo XX. Basta recordar la sanción de la ley de Residencia en 1902, tendiente a facilitar la expulsión del país de aquellos que alentaran la rebelión obrera a través de la organización de sindicatos, realización de huelgas, marchas y concentraciones. En ese mismo año se instituye también la ley del Estado de Sitio, destinada a facilitar la represión de los disturbios ocasionados a raíz de la primera huelga general. Otras leyes y reglamentaciones, además de la violenta represión física de las actividades sindicales, fueron extensivamente empleadas en ese período, señal de que los obreros extranjeros, sin participar legítimamente en el juego político, estaban planteando demandas al sistema.²⁶

Por lo tanto; la súbita apertura del proceso político-electoral en la Argentina es preciso situarla en un contexto en donde operaban conjunta y convergentemente dos movimientos sociales: por un lado, el sindicalismo, activando y organizando la protesta obrera en contra de la explotación industrial, la carestía de la vida, los problemas de la vivienda urbana, la represión de sus organizaciones y, en términos más generales, contra las bases mismas del estado oligárquico. La magnitud de esta protesta, desplegada en una amplia variedad de formas (concentraciones populares, huelgas, atentados, sabotajes y otras modalidades de la acción "directa" de inspiración anarquista) fue extremadamente significativa en la primera década de este siglo. Por otro lado, la estabilidad del "régimen" era socavada por la acción del

²⁶ Que durante los 50 años comprendidos entre 1880 y 1930 el movimiento sindical argentino se constituyó sobre la base del caudal inmigratorio europeo es ya una conclusión generalizada entre los estudiosos del tema. Sobre el desarrollo de la legislación y la práctica represiva, ver S. MAROTTA, *El movimiento sindical argentino*. Lacio, Buenos Aires, 1960, tomo 1, págs. 146 y ss. En esta obra podrán encontrarse, a lo largo de sus tres tomos ya publicados, descripciones minuciosas relacionadas con el papel de los inmigrantes en el desarrollo del sindicalismo así como un prolijo relevamiento de las reglamentaciones represivas de las distintas épocas. También ver J. PANETTIERI, *Los trabajadores*, J. Alvarez, Bs. Aires, 1967, págs. 137 y ss.

Partido Radical, el que manteniéndose fuera de las reglas del juego provocó tres revoluciones en los años 1890, 1893 y 1905, de las cuales las dos primeras contaron con un amplio respaldo popular. Estos dos movimientos, diferentes por su composición social, por las características de su liderazgo, por la naturaleza de sus demandas y por el contenido de sus ideologías son los que precipitan la crisis del estado oligárquico a través de la conquista del sufragio universal.²⁷

La ampliación del cuerpo electoral, en la experiencia argentina, tuvo un corolario que se hizo presente inmediatamente: la fuerza electoral de los partidos conservadores sufrió un agudo y brusco descenso. Y este punto, el de la supervivencia de los partidos del "ancien régime" aporta otra clara demostración de las distintas vías seguidas por la movilización electoral en la Argentina y Chile. Mientras que en

CUADRO 3

Argentina. Proporción de votos obtenidos por algunos partidos políticos
(Años seleccionados)

Partidos o agrupamientos políticos (a)	1912	1916	1922	1928	1930	1946	1951	1954	1958
U. C. Radical	17,9	47,2	47,8	57,4	41,7	26,7	32,5	30,6	28,8
P. Peronista						49,2	61,7	59,1	(c)
P. Conservador	62,1	25,0	22,8	7,9	15,7	7,9	2,4	1,3	5,7
P. Socialista	5,8	8,9	9,0	4,5	15,8 (b)	1,2	0,7		2,9
P. Comunista				0,2	0,5	1,4	1,0	1,0	(d)
Radicales disidentes		3,8	6,7	16,8	12,9	1,2			
Demócrata Progresista	2,7	13,3	8,3		9,2	2,5	(d)	1,0	1,3
Radical Intransigente (e)									44,8

Notas: (a) La votación por el Partido Conservador es la suma de los votos emitidos en favor de los partidos conservadores, muchos de los cuales se manejan en marcos exclusivamente provinciales.
(b) Incluye al P. Socialista Independiente, que en esa elección obtuvo el 7,5 por ciento de los votos.
(c) Proscrito por la "Revolución Libertadora" de 1955.
(d) Menos del 0,01 por ciento.
(e) La votación por la U. C. Radical Intransigente en 1958 es mayoritariamente peronista y no representa sino un momento muy efímero —y artificial a la vez— de la muy escasa importancia electoral del radicalismo intransigente.

Fuente: Darío Cantón, "Party alignments in Argentina", Seventh World Congress, International Political Science Association, Bruselas, setiembre 1967. También del mismo autor sus *Materiales* (ob. cit.).

²⁷ Una excelente recopilación de fuentes documentales para la reconstrucción de la situación de la clase obrera en ese periodo puede hallarse en LEANDRO GUTIERREZ, "Recopilación bibliográfica y de fuentes para el estudio de la historia y situación actual de la clase obrera argentina". Centro de Investigaciones Sociales, Instituto T. Di Tella, Documento de Trabajo n° 63 Sobre las revoluciones radicales,

el primero de los países los partidos del viejo orden político entran en una profunda crisis, y prácticamente desaparecen de la escena política, en Chile, la mayor adaptabilidad de los mismos les permite asimilar -no sin tensiones- el impacto de una brusca ampliación del electorado. Los cuadros siguientes permiten ilustrar lo que estamos diciendo.

La observación de los cuadros 3 y 4 hace posible aquilatar la magnitud del impacto de la movilización electoral sobre el sistema partidario. En la Argentina, en donde antes de 1912 el Partido Conservador agrupaba más del 95 por ciento de la votación (explicable por la abstención de la Unión Cívica Radical, que no concurría a las elecciones por falta de garantías democráticas), luego de cuatro años de sufragio universal dicha fuerza política se reduce a casi un cuarto de su primitivo caudal. Esta caída tan brusca en la proporción del electorado que apoyaba a los conservadores en sus distintas variantes provinciales, se aminora alrededor de 1930, en parte como resultado de la crisis interna del gobierno radical y la ineptitud política demostrada en esos años. El golpe militar que interrumpe el segundo gobierno de Yrigoyen viene a prolongar por tres lustros más el eclipse del conservadorismo como fuerza política a escala nacional. Si los gobiernos radicales y el sufragio universal significaron un cambio demasiado drástico en las reglas del juego acorde con las cuales se desenvolvían las fuerzas conservadoras, la década peronista prácticamente liquidó su significación electoral. Ante la marejada radical, los conservadores optaron por el golpe militar como recurso para la salvaguarda de sus intereses de clase, pero la dinámica de los acontecimientos ya rebalsa los límites de su influencia partidaria, y otro golpe militar los desaloja del poder trece años más tarde y luego de convocar a elecciones, el peronismo accede al poder.²⁸

Si ahora volvemos la mirada a Chile, notamos que las fuerzas conservadoras sobreviven a las distintas ampliaciones de la masa electoral. Ya en el siglo pasado fue necesario conceder ciertas garantías mínimas a los grupos de la clase media urbana. y a la burguesía minera del Norte Chico, y los grupos conservadores, luego de arduas discusiones, introdujeron algunas reformas tendientes a posibilitar una representación más genuina de los intereses de las nuevas frac-

ver R. CORTÉS Conde y E. GALLO, *La formación de la Argentina moderna*, Paidós, Bs. As., 1967, pág. 91.

²⁸ Ver A. Ciria, *Partidos y poder en la Argentina moderna*. Jorge Alvarez, Bs. As., 1964; C. FAYT (ed.), *La naturaleza del peronismo*, Viracocha, Bs. Aires, 1967.

ciones de la burguesía y los sectores más favorecidos de las clases medias. Esta actitud de la derecha chilena ha sido una constante a lo largo de la última centuria, y ello explica que aún en 1970, su candidato presidencial disputase palmo a palmo el triunfo de Allende. Aníbal Pinto ha retratado de manera muy clara esta pauta negociadora, flexible si se quiere, del conservadorismo chileno al señalar que "en cada coyuntura crítica ha ocurrido lo mismo. Primero ha resistido tercamente todo lo que era dable, pero apenas los vientos parecieron señalar el peligro de una convulsión radical, corrigió sus puntos de mira, retrocedió hasta líneas más fuertes, negoció las concesiones y al final conservó gran parte de su influencia y de sus bastiones tradi-

CUADRO 4
Chile. Proporción de votos obtenidos por algunos partidos políticos
 (Años seleccionados)

Partidos	1912	1925	1937	1945	1952	1958	1965	1970
Conservador (a)	21,6	19,8	21,3	23,6	} 27,8	31,6	5,3	35,2
Liberal (a)	54,0	32,4	20,7	17,9			7,5	
Demócrata Cristiano				2,6		20,7	43,6	28,1
Radical (b)	16,6	21,4	18,6	20,0	20,0	15,6	13,7	} 36,6
Socialista (c)			11,1	12,8	} 5,5	28,9	10,6	
Comunista (c)			4,2	10,3			12,7	

Notas: (a) Los partidos Conservador y Liberal, que habían presentado candidatos comunes en varias elecciones, se unificaron bajo la sigla de Partido Nacional después de las elecciones parlamentarias de 1965.
 (b) El Partido Radical ingresó a la Unidad Popular y apoyó la candidatura presidencial de Salvador Allende.
 (c) Los partidos Socialista y Comunista presentaron candidatos únicos en las elecciones presidenciales de 1952, 58 y 64. En 1970 ambos apoyaron al candidato de la Unidad Popular.

Fuente: Ver indicación en cuadro 2.

cionales, manteniéndose intacto en su núcleo, pero sin rechazar por completo las nuevas ideas, prácticas, intereses... y hombres".²⁹

²⁹ ANÍBAL PINTO, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*. Ed. Universitaria, Santiago, 1962, pág. 131.

Esta actitud de la derecha chilena debe ser muy tenida en cuenta si queremos comprender las razones por las cuales, aun luego de una fase de rápida masificación de la política, como la acontecida en la década del sesenta; su partido sigue ofreciendo una opción disponible para los sectores más conservadores del electorado, aun cuando la viabilidad del proyecto conservador se haya agotado hace varias décadas.

Claro está que si planteamos la importancia de esta flexibilidad de los sectores conservadores chilenos, que la experiencia histórica demuestra que efectivamente la ha tenido, no podríamos dejar de reparar que, en general, las distintas fuerzas políticas chilenas han manifestado una propensión al compromiso, la conciliación y a la resolución institucionalizada de los conflictos que no es menor que la tradicional adaptabilidad de aquellos sectores. Este hecho nos parece que no debiera descartarse en cualquier análisis comparativo sobre la política de los países latinoamericanos. Tomemos un ejemplo, que nos permitirá evaluar la magnitud de las diferencias existentes en este punto entre la Argentina y Chile: la actuación del Partido Radical. Mientras que en el primero de los países mencionados éste adopta una rígida postura no negociadora con el "régimen", política que se mantiene durante cerca de veinte años, los radicales chilenos asumieron desde el inicio una actitud mucho más pragmática, interviniendo en los comicios organizados por la oligarquía a sabiendas de que sus resultados favorecerían indiscutiblemente a los candidatos oficialistas, logrando empero algunos escaños parlamentarios y conquistando posiciones cada vez más estratégicas en la burocracia del estado. No intentamos formular un enjuiciamiento acerca de las virtudes o errores que en el largo plazo evidenciaron poseer estas dos actitudes; sólo queremos subrayar que, como era dable suponer, ambas posibilitaron el desarrollo de dos procesos de movilización totalmente distintos entre sí.³⁰

Probablemente la intransigencia de esta suerte de "cultura política" argentina tenga mucho que ver con las discontinuidades que manifiesta su movilización política. Pero está claro que esto no es una simple cuestión de pautas de cultura cívica. Un problema crucial es el de la viabilidad de las políticas de redistribución de bienes y servicios

³⁰ Debe tenerse en cuenta, además, que los radicales argentinos no tenían: un proyecto alternativo claramente diferenciado de aquel que habían elaborada los hombres del "régimen". Para una exploración detallada de esta actitud contradictoria

económicos y recursos políticos que acompañan al ingreso de nuevos grupos a la arena política.³¹ Esquematizando un tanto esta interpretación, podríamos decir que quizás la estabilidad del sistema político chileno no se deba tanto a las innegables pautas "conciliadoras" existentes en su seno cuanto a la escasa agresividad política y económica de las demandas formuladas en nombre de los nuevos estratos políticamente relevantes. En otros términos, la calidad e intensidad de las demandas fueron de tal tipo que a lo largo de muchos años de historia política chilena, sus grupos dominantes pudieron satisfacerlas parcialmente, por cuanto ellas no alteraban las bases esenciales, de su dominación de clase. Asegurando la gratificación parcial de esas demandas, regulaban la presión democratizadora dentro del sistema político y perpetuaban las condiciones de su dominación. En este punto es preciso tener en claro que otro aspecto que con toda certeza debe tener una incidencia destacada en la propensión negociadora es el grado de control que se tiene sobre los nuevos votantes. En otros términos, la clase hegemónica y sus aliados pueden demostrar una cierta adaptabilidad, siempre y cuando el desenlace del proceso de movilización sea predecible. Pero en circunstancias en las que, sea por su velocidad, o bien por la ausencia de una estructura organizativa de encuadre de las masas movilizadas, el peligro de un desborde revolucionario sea avizorado, tanto los conservadores argentinos como la derecha chilena han recurrido a distintas estratagemas tendientes a desmovilizar a los nuevos grupos populares incorporados al juego político. Si aparte de ello, el contenido concreto de las nuevas demandas no puede ser satisfecho sin erosionar las bases de la dominación oligárquica, entonces el camino al golpe militar aparece ante los ojos de los sectores conservadores como la salida "necesaria", impuesta por las circunstancias.³²

Es por ello que creemos necesario puntualizar un hecho que nos parece sintomático, y que hemos examinado con mayor detenimiento en otro lugar.³³ Ocurre que pese a la proverbial flexibilidad de los sectores conservadores chilenos, dichas pautas culturales no han im-

del radicalismo, véase JOSÉ NUN, "América Latina: la crisis hegemónica y el golpe militar", en *Desarrollo Económico*, vol. 6, no 22/23.

³¹ Ver ADAM PRZEWORSKI y FERNANDO CORTÉS, "Sistemas partidistas, movilización electoral y la estabilidad de las sociedades capitalistas", en *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, vol. II, n° 2.

³² Véase J. Nun, ob. cit., GERMANI, "Hacia . . .", ob. cit., Boron, "Movilización...", ob. cit.

³³ En "Movilización. . .", ob. cit.

pedido que gobiernos puramente conservadores u otros formados bajo su inspiración y contando con su aprobación, hayan ejercitado violentas represiones antipopulares, alentado la sublevación militar, traicionado el funcionamiento del régimen democrático burgués, procurando desviar o congelar el proceso de creciente movilización por todos los medios a su alcance. Las matanzas obreras han sido una norma con la cual las clases dominantes han resuelto los graves conflictos sociales que se han producido en la sociedad chilena desde fines del siglo pasado. Incluso el gobierno demócrata cristiano, que desalojó del aparato estatal a los viejos grupos ligados a la oligarquía terrateniente y amagó sus intereses agrarios a pesar de la composición policlasista del partido, terminó su experiencia gubernativa con un triste saldo de cerca de treinta obreros y pobladores masacrados por la fuerza represiva.³⁴ Igualmente, puede argüirse que entre 1948 y 1958 se privó de derechos políticos a más de 25.000 ciudadanos bajo la presunción de ser afiliados o simpatizantes del Partido Comunista, muchos de los cuales sufrieron un duro período de encarcelamiento en regiones inhóspitas del país.

En otras palabras, lo que queremos destacar aquí es que tanto en las experiencias nacionales de movilización electoral de la Argentina como de Chile, las progresiones de dicho proceso se vieron acompañadas por intentos (algunos abiertos y otros más sigilosos) de desmovilizar a las masas a imponer a sus representantes condiciones desventajosas de funcionamiento. En ese sentido, la inquietud militar y el golpe subsiguiente se dieron en diversos grados en los dos países. Por supuesto que en la Argentina este fenómeno fue mucho más notorio, y la intervención militar se hizo de modo abierto. En Chile, hubo una sucesión de golpes militares entre 1924 y 1931, en los momentos en que se produce la primera "rebelión del electorado". Lo mismo acontece alrededor de 1938, en donde las posibilidades de un golpe militar para impedir el ascenso al gobierno del candidato triunfante del Frente Popular se mantuvieron latentes hasta último mo-

³⁴ Véase El Siglo de Santiago, del 10-3-1969. En él se publica una estadística en primera página, y la suma totalizaba 22 muertos. Posteriormente hubo varios incidentes más que cobraron nuevas víctimas. Para una descripción de las matanzas obreras en Chile, ver ALEJANDRO CHELEN ROJAS, *Trayectoria del socialismo*, Astral, Bs. Aires, 1967, especialmente págs. 19-56. JULIO CÉSAR JOBET, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Ed. Universitaria, Santiago, 1955, págs 136-154 y 188 y ss. Comisión de Estudios Históricos del Partido Comunista, *Ricardo Fonseca, Combatiente ejemplar*, Ediciones 21 de julio, Santiago, 1949. JORGE BARRÍA, *El movimiento obrero en Chile*, Universidad Técnica del Estado, Santiago, 1971.

mento. Situaciones semejantes se han producido también en relación al triunfo electoral de la izquierda en las elecciones de 1970. Las diferencias entre los procesos de movilización argentina y chilena deben encontrarse en la distinta capacidad de los partidos políticos "movilizadores" para regular la intensidad del proceso de modo de posibilitar la renegociación de sus condiciones para operar dentro del sistema. Por supuesto que la explicación de un fenómeno tan complejo como el que estamos analizando no puede residir en un solo factor. Pero dentro de los condicionamientos políticos, no cabe duda que éste es de los más importantes. Y esto señala una conclusión que merece ser destacada y que tiene relación con el importante rol que los partidos cumplen a lo largo de este proceso. En el caso chileno vemos que la movilización no produce una quiebra en el sistema partidario: subsisten a lo largo de sus diversas etapas los tres partidos tradicionales fundados en el siglo pasado, con el agregado de los dos partidos marxistas y el más reciente demócrata cristiano. En la experiencia argentina, las distintas fases de la movilización van seguidas por profundas crisis en el sistema partidario, y así como en la primera fase; a principios de siglo, asistimos a una rápida caída y decadencia del partido conservador, en los años sucesivos se advierte el declinar del partido que ganó tres elecciones presidenciales sucesivas con los votos de los nuevos estratos populares integrados al mecanismo electoral, nos referimos a la Unión Cívica Radical. Esta decadencia contrasta con la fulminante aparición del peronismo como un movimiento de masas integradas en una segunda fase de la movilización, y que, como la primera, vuelve a provocar la inestabilidad y el golpe militar.

CONCLUSIÓN

En estas páginas hemos querido plantear algunos antecedentes preliminares para la realización de un estudio comparativo de las experiencias nacionales de movilización política en América. Latina.

Para ello hemos tratado de explicitar los contenidos de este concepto, atendiendo tanto a las expresiones legitimadas como no legitimadas de participación. Creemos que reviste la mayor importancia la exploración sistemática y el posterior desarrollo de las dimensiones teóricas inherentes a la movilización política, a fin de aclarar el uso indiscriminado que se ha venido haciendo de dicho término en la literatura contemporánea. En nuestro trabajo hemos tratado de antici-

par algunas líneas de aproximación a tal objetivo, sobre todo por la vía de conceptualizar a la movilización política como un fenómeno que rebalsa los marcos puramente electorales con que tradicionalmente se la ha contemplado.

La formulación de una teoría de la movilización política deberá posibilitar una adecuada distinción, como lo señala Germani entre las distintas fases del proceso y los diferentes tipos de movilización (y desmovilización) que es dable hallar en la experiencia histórica.³⁵ También debe especificar los efectos que las distintas secuencias en que se ordenan las fases internas del proceso de movilización política, como el orden temporal que sitúa al mismo en relación a la movilización social y el desarrollo económico, puesto que a igualdad de condiciones, una alteración en la secuencia, sea interna o externa, producirá resultados diferentes.

Una teoría de la movilización política requiere también disponer de una teoría de la constitución y transformación de la estructura de clases, puesto que los individuos que se movilizan no son abstracciones suprahistóricas sino sujetos concretos, pertenencia a una clase establece distinciones fundamentales entre los mismos, distinciones que, a su vez, tienen efectos políticos. Nuevamente, a igualdad de las restantes condiciones; si en un proceso de movilización política los nuevos estratos incorporados son preponderantemente de clase media, sus consecuencias serán distintas del caso en que los nuevos ciudadanos sean en su casi totalidad provenientes de las clases populares.

Por último, dicha teoría también demanda un conjunto de proposiciones relativas a los partidos y al sistema partidario, así como también una teoría del sistema político en donde el estado como instancia de regulación, de los conflictos, asignación de recursos escasos, ejercicio legítimo de la fuerza a instrumento de la dominación política de clase recobre el papel central que ocupó a lo largo de toda la historia del pensamiento político clásico en Occidente.

En el contexto de estas preocupaciones para desarrollar una teoría de la movilización política es que debe interpretarse el presente trabajo: en esta oportunidad hemos querido dar un modesto paso en esa dirección a través del examen de algunos aspectos de los procesos de movilización electoral en la Argentina y Chile.

³⁵ Véase GERMANI, nota 9 y 14.